

Reconocimiento oficial de la Costa de los Mosquitos

Jaime Incer Barquero

Reproducido de Incer, Jaime, Viajes, Rutas y Encuentros 1502-1838, pp. 401-433, San José, C.R.: Asociación Libro Libre, 1989

CAPITULO XVII

—Exploraciones españolas por el litoral del Caribe. —Fallidos intentos para incorporar un territorio hostil. —La costa y sus islas disputadas. —Primeras propuestas sobre el canal.

Fuera de algunos intentos aislados motivados por circunstancias accidentales, la costa Mosquitia de Honduras y Nicaragua fue territorio vedado para los españoles antes que Inglaterra firmara con España la Convención de 1786 mediante la cual aquella nación se comprometió a desocupar las posesiones que retenía en dicha costa.

El primer reconocimiento oficial español del litoral caribe nicaragüense fue realizado en 1790. Se trataba entonces de encontrar el lugar apropiado para fundar una colonia permanente, de atraer a los Zambo-Misquitos para que aceptasen la soberanía española y de cortar todo nexo que éstos mantuvieran con los contrabandistas ingleses de Jamaica. Sin embargo, España no estaba preparada para asumir el control de una remota costa cuyo ambiente era inhóspito y la población nativa retrechera y hostil; tampoco los indígenas se mostraban anuentes para renunciar a sus antiguas alianzas con los ingleses.

Por esa misma época comenzó a tomar fuerza la idea de abrir un canal interoceánico a través de Nicaragua, utilizando el río San Juan, el gran lago y el istmo de Rivas como posible trayectoria de la empresa, proyecto que quedó trunco a raíz de la invasión napoleónica a España y luego a consecuencia de la independencia de las colonias americanas.

MISIÓN ESPÍA A LA COSTA DE LOS MOSQUITOS

Uno de los primeros capitanes españoles que se aventuraron a reconocer anticipadamente las posesiones inglesas en la Costa de los Mosquitos, ofreciendo importantes noticias sobre las características del litoral, fue Juan Antonio Gastelú, quien en 1776, con un par de balandras, izando bandera holandesa, realizó una exploración de espionaje desde el río Tinto hasta Portobelo.¹

Partiendo de Cartagena el capitán Gastelú emprendió el reconocimiento del litoral de Honduras, Nicaragua y Costa Rica con el objeto de informar al Virrey de Nueva Granada sobre la situación y potencial de la Costa de los Mosquitos.



Figura 58.- Cortes de madera en la Costa Atlántica, práctica iniciada por los ingleses desde el siglo XVII, usando mano de obra negra. (Bedford Pim).

Luego de espiar los establecimientos ingleses junto al río Tinto continuó por la costa de Honduras, recorriendo unas cincuenta leguas hacia el este, hasta

¹ Carta No. 118 del virrey de Santa Fe D. Manuel Antonio Flores, acompañado del Diario formado por D. Juan Antonio Gastelú de su exploración de las costas desde el Darien hasta Honduras'. Ver DHN. p 194-205.

llegar al cabo Gracias a Dios donde existía un buen fondeadero. La población en ese sector del litoral estaba compuesta de Zambos, Misquitos y de ciertos negros esclavos dedicados a cortar caoba. Algunos colonos ingleses mantenían activo comercio de intercambio con Jamaica.

Al sur del cabo el capitán espía descubrió la laguna de *Warner* (Wani o Bismuna), rodeada de pinos de buena calidad para la fabricación de mástiles. Más allá estaba la población de Sandy Bay, cerca de la cual residía el rey mosco, muy obsequiado por los colonos interesados en asegurar su fidelidad a la corona inglesa. Junto al pueblo existían dos lagunitas comunicadas entre sí, traficadas por las piraguas de los Misquitos.

En el río *Wawa*, que venía a continuación, había un molino y aserradero para cortar las troncos traídos de aguas arriba por la corriente. Los ingleses también efectuaban cortes de madera en las desembocaduras de los ríos Tunгла y Walpasixa, que formaban los dos ramales principales del delta del Prinzapolka. Gastelú observó que los indios Tunglas no tenían chozas y se retiraban por la noche a sus canoas.²

En la desembocadura del *Río Grande* (de Matagalpa) se fabricaban embarcaciones y realizaban cortes de madera, empresa a cargo de los ingleses que usaban la mano de obra de esclavos negros. En los ríos cercanos a la laguna de Perlas también se cortaba madera. En uno de los "cayos" vecinos el capitán Gastelú ordenó abrir pozos, donde recogió agua un tanto salobre que sirvió para llenar las pipas de las dos balandras en cantidad suficiente hasta llegar a Portobelo.

A lo largo de la costa se cogía el carey por orden de un inglés influyente que residía en las *Islas de los Mangles* (Corn Islands); trabajaban para él varios esclavos indios capturados durante las incursiones que el colono promovía en contra de los pueblos españoles del interior del país. En la isla mayor Gastelú descubrió tres casas habitadas; sus dueños mantenían hatos de ganado y plantaciones de maíz, plátanos, coco, yuca y ñame, productos que eran vendidos a los barcos ingleses que arrimaban a las islas.

El capitán español puso proa hacia la bahía de *Bluefields*. En esa época no existía ninguna población en sus orillas salvo por dos ingleses y algunos negros que aserraban madera y cultivaban plátanos. Advierte Gastelú que "[...] desde el río Tinto hasta esta Costa de Bluefields no se descubren Montes ni Serranías, pues toda la tierra es rasa y poblada de Manglares la mayor parte de la Costa".

² Los Tunglas eran una mezcla de indios sumus de la subtribu de los Prinzus con los Misquitos.

Unas 30 millas adelante llegó al río Punta Gorda. En la desembocadura vivían algunos mestizos que tenían trato con los ingleses y gran número de indios—obviamente Ramas— que los aprovisionaban, recibiendo a cambio armas y municiones.

La desembocadura del *río San Juan* se encontraba a unas 36 millas más al sur. La corriente salía por tres bocas y la bahía inmediata parecía tener buen fondeadero para un futuro puerto; no obstante, el lugar estaba bajo el control de ciertos Misquitos que lo patrullaban en sus piraguas.

La misión de espionaje concluyó con el reconocimiento de las costas de *Tortuguero* y *Matina*, visitadas en cierta época por los Misquitos en busca de carey. En las bocas del Matina algunos españoles de Nicaragua, que bajaban por el río San Juan y el afluente Sarapiquí, realizaban contrabando con los ingleses y holandeses, proveyéndoles entre otras cosas de mulas, cacao y carne salada, a la vista y paciencia de la guarnición destacada en ese lugar.

"La navegación en la Costa de los Mosquitos —concluye el informe del capitán Gastelú al Virrey de Santa Fe de Bogotá— es impracticable en la estación de los Nortes, y expuesta en la de los vendabales por causa de que las calmas aconchan sobre los vajos, y no poderse ver estos con la obscuridad que causan".

La posterior injerencia del virreinato de Nueva Granada sobre las costas que estaban bajo la jurisdicción de la Capitanía General de Guatemala, (con el pretexto de controlar desde Cartagena las embarcaciones ilícitas, control que bien podía ejercerse desde los puertos de Omoa y Trujillo en la bahía de Honduras), llevó a sus autoridades militares a ejercer un rol decisivo en el futuro de las islas de San Andrés y Providencia. Cuando en 1789 llegó la orden para que una colonia remanente de ingleses evacuaran las islas, en virtud de la Convención entre España e Inglaterra, la misión fue encomendada al mismo capitán Gastelú, quien llevó como intérprete al irlandés españolizado Tomás O'Neill, teniente del regimiento de Cartagena y más tarde gobernador de las islas.

Los colonos ingleses de San Andrés no querían abandonar el lugar, juraron obediencia a la corona española; prometieron convertirse al catolicismo y renunciar al comercio clandestino con Jamaica. Madrid aceptó la propuesta y puso la isla bajo el control del gobernador de Cartagena. Sin embargo, por razones administrativas, la isla fue asignada a la Capitanía General de Guatemala, bajo la cual permaneció entre 1792 y 1803. El nombramiento de O'Neill como gobernador de San Andrés en 1795 influyó posteriormente para volver a segregarla en favor de Cartagena como se verá más adelante.³

³ Ver James J. Parsons. p. 15-16.

EN BUSCA DEL LUGAR PARA UNA COLONIA ESPAÑOLA

El desalojo de 537 ingleses con sus 1,677 esclavos de la costa caribe de América Central dejó a sus antiguos aliados los Zambo—Misquitos en manos de sus enemigos españoles. No obstante, las acciones de posesión militar ejercidas por éstos, cuyo mayor esfuerzo resultó en la erección de un efímero fuerte en el Cabo Gracias a Dios en 1787, los planes de colonización no dieron mayores resultados. Los Misquitos siempre resistieron la intromisión española, instigados por algunos colonos ingleses que desobedeciendo la Convención de 1786 se habían quedado a vivir entre los nativos, provocándolos para que desconocieran la soberanía recién adquirida de España sobre la Costa.

En junio de 1788 el gobernador de Tuapi, Colville Breton, enamorado de su ex—prisionera la española María Manuela Rodríguez, había accedido a bautizarse, (aceptando el nombre de Carlos Antonio de Castilla), en una ceremonia pomposa que se realizó en Cartagena ante la presencia del Virrey de Nueva Granada y del mismo rey mosco, Jorge. Al año siguiente viajó a León para casarse en la catedral con María Manuela, matrimonio que se esperaba ayudaría a establecer mejores nexos entre los españoles y los misquitos.

En 1790 la Mosquitia fue visitada por el ingeniero Antonio Porta Costas, a fin de determinar un sitio de colonización española con mejor posibilidad de éxito que el intentado en Cabo Gracias a Dios. La descripción y observaciones sobre el viaje a lo largo del litoral fueron presentados por Porta en el documento que tituló "*Relación del Reconocimiento Geométrico y Político de la Costa de Mosquitos*", escrito en el puerto de Trujillo, Honduras, al concluir su misión.⁴

La exploración de Porta Costas se inició en el poblado misquito de El Cabo. El asentamiento, que parece haber existido desde principios del siglo XVII, se encontraba entonces en un banco arenoso, a un pie y medio sobre el nivel del mar, en uno de los brazos (hoy canal Román) del delta del río Wanki, llamado Segovia por los españoles, el actual río Coco. La playa arenosa se extendía en arco encerrando una bahía (Dakban). Aunque ofrecía buen resguardo de los vientos, las condiciones de anclaje eran cada vez más difíciles pues la ensenada estaba sedimentándose por el aluvión acarreado por el río. También la agobiaba el avance de los manglares, así como las ramas y troncos sueltos que como balsas flotantes obstaculizaban el libre atraque de las embarcaciones frente al poblado.

⁴ El documento fue publicado en las Relaciones Históricas y Geográficas de América Central, editadas por Manuel Serrano y Sanz. Ha sido también reproducido en Nicaragua en los Cronistas de Las Indias. Serie No.2., p. 277-300 del Fondo de Promoción Cultural del Banco de América (FPCBA).

Los alrededores de El Cabo yacían sobre un suelo anegadizo no consolidado, formado principalmente por un manto de vegetación descompuesta de pocas pulgadas de grosor, "[...] por cuya razón no se encuentra en todo este distrito una quarta de tierra de pan llevar", comentaba Porta. Los Misquitos tenían que navegar por tres o cuatro días río arriba en busca de riberas más elevadas para poder cultivar. Aunque abundaba el mangle blanco (*Laguncularia racemosa*), algo del rojo (*Rhizophora mangle*) y mucha "manaca", (posiblemente el Palo de Sal, *Avicennia nitida*), estas maderas no eran apropiadas para construcciones. Los nativos se conformaban con erigir endebles chozas, plantando árboles frutales alrededor para protegerlas de los fuertes vientos.⁵

El ingeniero español menciona la existencia de abundante forraje en las sabanas de tierra adentro, pero la población vacuna no pasaba de diez y de cincuenta la caballar, expuestas a ser comidas por los súbditos del rey Jorge en tiempos de hambruna.



**Figura 59.- Jefe
misquito de Quam-
watta, dibujado por
Charles N. Bell a
mediados del siglo XIX.**

No obstante, las inconveniencias del lugar para la fundación de una colonia española, Porta Costas reconoció la posición estratégica de El Cabo con una ensenada propia para dar refugio a las embarcaciones; estaba además situado a

⁵ En varias ocasiones posteriores Cabo Gracias a Dios fue barrido por los huracanes, la última vez en 1971.

la entrada de un río que bajaba del interior del país, donde abundaban excelentes maderas con posibilidades comerciales.

En enero salió de El Cabo el enviado español, viajando en una piragua del gobernador Carlos Antonio de Castilla que lo condujo hasta la desembocadura del Río Grande (de Matagalpa). Para ganarse la confianza de los indios cargó la canoa con muchos regalos, imitando a los ingleses. El viaje costado rumbo al sur fue muy peligroso debido a los fuertes nortes que prevalecían en la época junto al litoral.

SEMBLANZAS DEL REY JORGE Y DEL GOBERNADOR BRETON

Siete leguas más al sur estaba la población de Sandivel o Sandibay, (hoy Nina Yari). Quedaba a la orilla de una laguna que desaguaba en el mar a través de un barra tan incómoda que las canoas se embancaban fácilmente durante la bajamar. Al igual que en la región adyacente el terreno era pantanoso, de modo que los habitantes se veían obligados a sembrar a cierta distancia en tierra adentro. Cuando las inundaciones lo impedían recurrían a las tradicionales actividades de caza, pesca y recolección de frutos silvestres junto a los ríos y playas, "[...] a cuya miseria es consiguiente que estos bárbaros jamás tienen domicilio fixo", escribía Porta.

Sandibay era la residencia temporal del rey mosco Jorge. Este pasaba el resto del año en un lugar junto al río Wanki. Su soberanía era reconocida por todos los Zambos y Misquitos, la cual ejercía con bastante absolutismo. Porta Costas ofrece la siguiente semblanza del "monarca":

"El carácter de este personaje es un hombre amulatado, de un aspecto igualmente agradable que formidable; naturalmente grave, de tal manera que con sólo su presencia infunde respeto en sus súbditos, que le tratan con quanta sumisión cabe en su barbarie, sin atreverse a estar tocados, ni sentados delante de él, cuyo trato sostenido dura mientras no ay brindis, que llegando éste ya son todos iguales, y representa él tanto como uno de tantos. Goza sobre todos sus dependientes y partidarios de una autoridad y jurisdicción enteramente despótica, ni hay más ley que su gusto, ni a su gusto oposición".

Comentaba Porta que el despotismo del rey lo hacía sentirse dueño absoluto de los bienes de sus súbditos, a los que también podía despojar a su antojo de mujeres e hijas, manteniendo en su casa a once concubinas, en el tiempo cuando lo visitó. También señalaba que bajo el sistema de gobierno en boga entre Zambos y Misquitos se hacían y deshacían Almirantes, Generales y Coroneles, algunos de los cuales pagaban con sus vidas cualquier asomo de rebeldía contra la potestad del rey. Este comunicaba sus órdenes a los subalternos entregándoles un bastón, ante cuya vista los súbditos no tenían más opciones que obedecerlas ciegamente.

De Sandibay pasó Porta Costas a *Tupapi* (Tuapí, cerca del actual Puerto Cabezas), situado entre el mar y una amplia sabana zacatosa sembrada de pinos, donde pastaban una vaca, cuatro caballos y dos burros propiedad del gobernador De Castilla. Por lo demás la tierra rojiza, salpicada de grava, era estéril para la agricultura, la cual tenía que ser plantada en las vegas del río *Vaya* (Wawa) o en unas colinas situadas a varios días de camino hacia el interior. Por esas razones se padecía de hambre en aquel lugar.

El gobernador fue descrito por Porta de la siguiente manera:

"[...] este es un hombre en cuyo semblante se ven perfectamente deliniadas la hipo-
crecía, el dolo, la infidencia é ingratitude que son sus vicios dominantes. Con ningún aga•
sajo está satisfecho, porque por mucho que se le haga, aun mas piensa que merece... Es
inconsecuente en sus tratos, de tal manera que yerra el concepto quien espera que
cumplirá mañana lo que oy ha prometido".

De su conversión al cristianismo, (motivada más que todo por la pasión que sentía por la que pretendía para esposa), daba pocas muestras, "[...] pues no lo parece sino es en tener una sola muger y una cruz en su casa, y en resar la doctrina quando su muger quiere enseñársela", comenta Porta. Por otra parte, el gobernador no era muy querido por sus subalternos, incluyendo sus propios hermanos que favorecían al sobrino, el "almirante" Alparis, su más notorio enemigo. Porta trató inútilmente de reconciliar a los dos rivales. Alparis había manifestado su deseo de ir a León para que lo bautizase el obispo Villegas y recibir honores de las autoridades españolas, lo que aparentemente ocasionaba la envidia del gobernador de Tuapí, quien mantenía encendido los celos.

Con el nombre de *Caleta Barrancas* menciona Porta una localidad situada a tres leguas de Tuapí, que no puede ser otra cosa que los acantilados de Bragman Bluff, sobre los que hoy se levanta Puerto Cabezas. En un par de casuchas vivía un inglés renegado; no obstante haber sido expulsado a raíz de la Convención de 1786 había vuelto a instalarse en el lugar. Lo acompañaban su mujer, suegra, hijos y algunos esclavos e indios, dedicándose a la pesca de las tortugas marinas, que vendía en Bluefields transportándolas en unos pipantes. Debido a sus intrigas contra los españoles, Porta recomendaba que "contendría expulsarlo segunda vez".

Catorce leguas más adelante, en la barra de *Valpasisa* (Walpasiksa, una de las bocas del río Prinzapolka), vivía otro inglés advenedizo, carpintero de ribera, que por su "[...] bella índole y porque es útil a los yndios, no parece combeniente volverle á expulsar", recomienda Porta.

LA BARRA DEL RÍO GRANDE Y LA LAGUNA DE PERLAS

Después de doce leguas adicionales y a cincuenta de El Cabo se llega a la barra del Gualatara (Walpatara), donde desemboca el río Grande. Un poco más adentro estaba Arenas Blancas, (actualmente Karawala); contaba con 26 casas en medio de una sabana de elevados pinos, lugar donde residía el almirante Alparis. Porta comenta:

'Este Almirante me recibió con mas de veinte yndios sobre las armas porque hubo dos ó tres de ellos que haviendome visto tomar el río, le informaron que venia un oficial del rey de España con el designio de llevarle preso ó muerto; sin embargo de esta demostración entré a su sala, en donde le hallé decentemente vestido, con vn sombrero de plumas, botas y espada, ostentando su bastón. Vi un personaje de agradable, aunque grave presensia, que en el modo de proponer sus razones manifestaba una índole sencilla y un ánimo despejado. Atendió mis satisfacciones, que admitidas hizo inmediatamente castigar con cincuenta palos a cada uno de los chismosos'.

Al igual que en los otros asentamientos de la Costa, el terreno no parecía apto para la agricultura ya que los habitantes tenían sus plantíos sobre las riberas del río, a seis u ocho leguas aguas arriba. Aunque abundaban los pastos, no existía ganado que lo consumiera. Una frecuente comunicación se mantenía con los pobladores de Bluefields a través de pipantes y dorises.⁶

Una vez ganada la amistad del Almirante, Porta se embarcó en una de las canoas que le facilitó éste para continuar el viaje costa abajo. Después de navegar ocho leguas llegó a la entrada de la Laguna de Perlas cuya barra interpuesta sólo permitía el acceso a pequeñas balandras. La laguna medía unas 12 leguas de longitud y presentaba varios estrechos, ensenadas y recodos. Los terrenos en las orillas eran bajos, arenosos o anegadizos, pero existían en los alrededores buenos parches para sustentar cierta actividad agrícola. La ociosidad de los Misquitos, contentos de obtener provisiones con el menor esfuerzo, parecía justificar su desidia por la tierra. Comentaba el ingeniero español, que en una de las islas del interior de la laguna (posiblemente Cayo del Puerco) abundaban tanto los saínos que la caza de un solo día bastaba para suplir carne para una semana.

Los pobladores de la laguna también disponían de más ganado vacuno y caballar que todo el poseído por el resto de sus congéneres costa arriba. Dicho sea de paso, que en el territorio de los Misquitos no se apreciaba la ventaja de criar ganado; además de no existir buenos pastos para sustentarlo, la carne de monte era variada y abundante en los alrededores; los indígenas no necesitaban

⁶ Los doris, o dorises como los pluraliza Porta, son las canoas con vela y quilla que usan los Misquitos para pescar en aguas abiertas.

bestias de carga en aquellos lugares de pantanos y lagunas costeras pues se transportaban por agua las más de las veces.⁷

En torno a la laguna existían algunos asentamientos donde vivían algunos familiares de Alparis y del rey Jorge, investidos con títulos militares altisonantes, así como también cuatro ingleses, una mestiza y dos esclavos.

LA PLANTACIÓN DE ROBERT HODGSON

La *Laguna de Bluefields* está situada a 12 leguas de la entrada de la laguna de Perlas y a setenta de Cabo Gracias a Dios y mide unas tres leguas de largo por otras tantas de ancho. Se comunicaba con el mar por medio de dos entradas, siendo la principal de bastante fondo que permitía el acceso de embarcaciones de 200 toneladas; su interior ofrecía amplio espacio para albergar a muchos barcos. Entre los islotes se cogían caracoles, conchas y otros mariscos de buena calidad y fácil extracción.

En la laguna desaguaba el río Escondido por medio de cuatro bocas. Los indios *Oluas* (*Ulwas* o *Woolwas*) poblaban las orillas; solían remontar la corriente y superar los raudales con pipantes, (siguiendo los afluentes Sikia o Mico), hasta sus cabeceras en las montañas de Chontales. El viaje aguas arriba exigía mucho esfuerzo, pero quedaba más que recompensado pues los indios encontraban en las riberas abundante caza, platanares, caoba y otras maderas preciosas que las hacían bajar ya transformadas en piraguas y pipantes para trocarlas en Bluefields.

⁷ La renuencia de los Misquitos por la crianza de ganado vacuno es confirmada por el etnógrafo Eduard Conzemius quien lo visitó a principios del presente siglo; los indígenas le confesaron que no tomaban leche de vaca "E...] para no robársela a los terneros".



Figura 60.- Una escena selvática en la Costa Atlántica, presentada por Charles N. Bell en su libro "Tangweera: Life and Adventures among Gentle Savages".

Los alrededores del asentamiento encantaron a Porta Costas, impresionado por los frondosos bosques llenos de maderas, palmas y bejucos de buena calidad para levantar habitaciones. La tierra era excelente para construir tejas y ladrillos, "[...] y últimamente, hay poca plaga y las aguas, aires y temperie son igualmente saludables que agradables".

Más que una población, Bluefields era la plantación del coronel Robert Hodgson, quien había sido superintendente inglés en la Costa. El sitio consistía en una casa pajiza rodeada de ranchos donde vivían doscientos esclavos negros y se acogían unos treinta colonos de varias nacionalidades. La gran mayoría trabajaba para Hodgson en el corte y sierra de las maderas. La producción, incluyendo artículos de Carey, resinas y pieles, era destinada a Jamaica, los nuevos estados independientes de Norteamérica, o Bristol, más que al puerto de Cartagena. Así la sorprendió Porta al momento de ser embarcados los productos en una fragata inglesa, supuestamente con destino a Cádiz.

No obstante que Hodgson había sido confirmado por España como gobernador de Bluefields, mantenía comercio y cartas con Inglaterra y seguía comportándose como un colono inglés independiente o mejor—según lo decía el ingeniero español— "como príncipe de este distrito".

El mal tiempo reinante obligó a Porta a quedarse en Bluefields por dos semanas, antes de regresar a El Cabo. Como el mar seguía agitado optó por hacer

la travesía por el río *Aloba (Cuckra Hill)*, que facilitaba el trayecto entre las lagunas de Bluefields y Perlas, salvo por un trecho seco donde el bote fue arrastrado con penuria sobre balsas de madera y troncos rodantes. En otra parte de la navegación, mar afuera, los fuertes vientos lo obligaron a buscar la costa, donde también se vio forzado a arrastrar el bote sobre el arenal de la playa.

A pesar de las intenciones del enviado español para reconciliar al almirante con el gobernador, de invitar aquél para reunirse con éste y de acompañarlo en su viaje de vuelta, Alparis no cumplió lo prometido debido a las intrigas de Hodgson, quien estaba interesado en sabotear los esfuerzos españoles para juntar a los jefes indígenas.

Tampoco tuvo éxito Porta cuando regresó a Tuapí. El gobernador, convertido a la religión católica y casado con española, no pareció tratarlo como cristiano sino como enemigo declarado. Le negó al enviado de la Corte el apoyo que necesitaba, abjurando y declarando "E...] que mejor le estaría dejar el partido de los españoles y procurar estar bien con su gente"

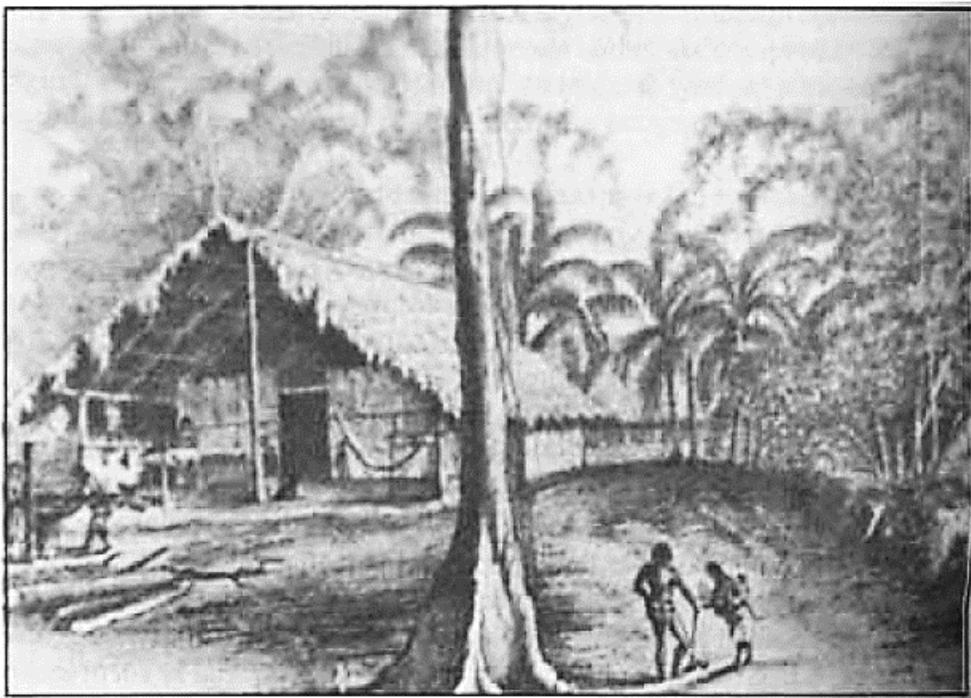


Figura 61.- Vivienda en la selva del río Tungla, (Prinzapolka), ilustrada por Charles N. Bell.

Su inconformidad con el nuevo orden implantado por España no le sirvió de mucho a Carlos Antonio de Castilla en el intento de recuperar la confianza de los indios: al año siguiente de la visita de Porta caía asesinado por los partidarios de Alparis.

DIFÍCIL TAREA EN UNA COSTA INDÓMITA

Al concluir con la misión de reconocimiento Porta Costas presentó su informe, en el cual recomendaba a Bluefields como el mejor lugar para fundar una colonia, a fin de hacer sentir la presencia y dominio de España en la Costa de la Mosquitia. El sitio se prestaba admirablemente para levantar una fortificación. La bahía ofrecía un amplio y abrigado puerto. Existían buenas tierras agrícolas en los alrededores y el clima parecía saludable y alentador. Por el río Escondido se podía además entablar comercio con los indios Ulwas; obtener de ellos resinas y pieles de animales silvestres y establecer comunicación con Chontales. En los bosques del interior abundaban maderas preciosas y la tortuga de carey se pescaba fácilmente frente a la costa.

Sin embargo, para lograr todos esos beneficios, era necesario destituir a Hodgson, reemplazarlo por un gobernador español confiable; desalentar el comercio clandestino con Jamaica, escarmentando los buques que con frecuencia atracaban en la bahía y, sobre todo, atraer a los indígenas obsequiándolos a la manera como lo hacían los ingleses y haciendo trueque con ellos.

En realidad, los regalos ofrecidos por las autoridades españolas a los jefes indígenas no solamente habían despertado la codicia sino también la envidia y rivalidad entre ellos; además los jefes no los compartían con sus subalternos. El comandante español de El Cabo, por otra parte, había prohibido el libre comercio entre los nativos, declarándose como el único comprador; se lucraba de su posición estafando hasta al mismo rey mosco.

Porta propuso se fundasen almacenes reales bien surtidos de ropa, zapatos, sombreros, cintas coloreadas, aretes, collares, hachas, machetes, navajas, anzuelos, pipas y tabacos, pólvora, munición y sobre todo del indispensable aguardiente. Sugirió que se permitiera a los indios, y no sólo a los jefes, escoger los artículos que apetecieran y que aquellos a su debido tiempo saldaran la deuda con especies.⁸

Aconsejaba el enviado español que, siguiendo la política de los ingleses, se tomasen algunos muchachos entre los indígenas principales "como rehenes de paz" y se les mandase a educar a los centros españoles.

Por último, recomendaba reforzar la vigilancia a lo largo de la Costa por medio de dos barcos esquifados y tripulados y de algunas piraguas bien armadas

⁸ Valga decir que este sistema de ventas al fiado, especie de "comisariato", donde las deudas se pagaban con productos extraídos de la naturaleza, ha perdurado como "trato comercial" en la Costa Atlántica de Nicaragua, donde la economía siguió basándose en la extracción individual o por grupo de sus abundantes recursos naturales.

para patrullar los ríos y lagunas. De esta forma se desalentaría a los barcos intrusos que acostumbraban atracar junto a la costa y se pondría fin a las operaciones clandestinas entre ingleses e indígenas.

La corona española realizó esfuerzos para poblar con sus súbditos la Costa Atlántica de Honduras y Nicaragua, fomentando el arribo de familias de Galicia, Asturias y Canarias. La falta de adaptación de los nuevos colonizadores al lugar, debido a lo enfermizo del clima, a la hostilidad de los indígenas y a la tentación del contrabando con los ingleses hizo fracasar tales intentos. Una carta del subinspector de Guatemala fechada en 1804 describe la situación como sigue:

"El avecindar Colonos voluntarios en la Costa de Mosquitos es impracticable si han de ser hombres que no se tamfieran a ella con ideas de introducir contravandos. Los terrenos que les puedan dar son mortíferos, y en ellos estarán siempre expuestos a ser víctimas de los Salvages. Estos tienen trato continuo con los Ingleses, y lo tendrán los Colonos aunque no quisiesen, o por lo menos serían tranquilos expectadores del de los Indios, pues no podrían oponerse".⁹

Estimulada por los regalos que les hacían los españoles, la osadía de los Misquitos había alcanzado tales niveles —según el texto de la misma carta— que llegaron ante el comandante de la fortaleza de San Carlos para pedir alhajas, amenazando con acuchillar al destacamento de San Juan del Norte si los españoles no satisfacían sus demandas. También reanudaron los asaltos en Chontales, robando mujeres y ganados, quedando el castigo impune ante su amenaza de asaltar a los colonos españoles establecidos en la Costa si se les perseguía.

NAVEGACIÓN Y DEFENSAS EN EL RÍO SAN JUAN

La misión de reconocimiento del ingeniero Porta Costas no se extendió hasta la desembocadura del río San Juan, no obstante ser ésta la salida más importante de Nicaragua hacia los puertos del Caribe que servían a la provincia como estaciones intermedias para el comercio con España.

Exactamente cuándo fue establecido el puerto de San Juan del Norte es un dato que no se puede precisar. Todo intento de controlar la desembocadura del río San Juan había resultado inútil desde el siglo XVII cuando los piratas ingresaron por el río y asaltaron Granada, o se mantuvieron al acecho junto a la desembocadura dispuestos a capturar cualquier embarcación que saliera con productos del país rumbo a Portobelo, o entrara con mercaderías para abastecerlo.

⁹ Ver en DHN: Siglo XIX, p. 9-21, la Carta del Subinspector de Guatemala Roque Abarca dirigida al Secretario de Estado y del Departamento Universal de Guerra.

El siglo siguiente no fue más afortunado, porque piraguas armadas con Zambos y Misquitos merodearon con frecuencia las tres bocas del río y dificultaron todo comercio. En dos ocasiones acompañaron a los invasores ingleses aguas arriba, con el propósito de atacar El Castillo y posesionarse de la estratégica fortaleza que guardaba el paso al lago de Nicaragua.

Con el desalojo de los ingleses de la Costa de la Mosquitia la posibilidad de un mejor control de tránsito en la entrada y salida río parecía un hecho realizable. En 17931 a Corona tomó la decisión de mejorar el fuerte de San Carlos, construir un foso y empalizada en torno a la colina donde éste se levantaba y asignar un destacamento de 150 a 200 soldados al cuidado de la fortaleza.

El 26 de febrero de 1796 otra cédula real reconoció a San Juan del Norte, en el otro extremo del río, como un puerto oficial de comercio. Sin embargo, la presencia de una barra arenosa a la entrada de la bahía seguía siendo un poderoso obstáculo para que ingresaran en ella embarcaciones de cierto calado. Por otra parte, los Misquitos, no obstante, faltos del respaldo inglés, mantenían sus demandas sobre la entrada del río y hacían incursiones intimidantes en reclamo de supuestos derechos. La guarnición del puerto fue siempre escuálida para contenerlos y la colonización española hacia el lugar no se sentía estimulada por la misma situación indefensa en que el puerto se encontraba.

En un informe del año 1800, dirigido desde Granada al Capitán General Josef Domás y Valle, se contesta a un interrogatorio sobre la situación de los Misquitos y sus posibles amenazas de invasión por el río San Juan. En él se sugiere al Capitán mandar a colocar dos baterías en el puerto de San Juan del Norte, apuntando a la bahía; cuatro cañones en el inicio del delta y otros tantos en la fortaleza de El Castillo. En el caso que todas esas precauciones fallaran, quedaría la fortaleza de San Carlos con sus 200 soldados contingentes.

A todas esas dificultades se agregaba la distancia de 54 leguas que mediaban entre San Juan del Norte y San Carlos, cubierta en 83 horas de navegación por una piragua de cuatro remos. El viaje en sentido contrario, a favor de la corriente, sólo tomaba 32 horas. Con paradas obligatorias para comer y dormir el trayecto por el río se hacía en once días en un sentido y en seis en el otro. Salvo en la época de sequía, el brazo de San Juanillo tenía suficiente agua para facilitar el curso de canoas y cayucos. Entonces se hacía el viaje más rápido entre el puerto y la boca del Sarapiquí; ahorrábase dos días de viaje y la gran curva que el ramal de San Juan describe en medio del delta.¹⁰

LAS ISLAS FRENTE A LA COSTA DE LOS MOSQUITOS

¹⁰ Ver en Serrano y Sanz: *Varias Noticias del Río de San Juan', en obra citada en la Bibliografía.

Alrededor de 1793 el teniente de navío, José del Río, hizo una exploración a las islas situadas frente a la Costa de los Mosquitos: San Andrés y Santa Catalina, en su carácter de visitador, con el objeto de juzgar la posibilidad de trasladar a la Costa algunas familias inglesas que se habían quedado en dichas islas reconociendo la soberanía de España. La idea era desalentar el comercio que aún persistía entre los colonos de las islas y Jamaica, y llevarlos a poblar la tierra firme en el sitio de Bluefields, "[...] por ser el parage de la costa de mejor temperamento fértil, y concurrencia de las naciones Indias, a que se agrega la seguridad de su fondeadero, y la bigilancia de sus expediciones".¹¹

Según el informe del visitador, San Andrés distaba 40 leguas de la Costa de Los Mosquitos. Se trataba de una isla alargada de un poco más de 7 millas de longitud en el sentido norte—sur, con una anchura que en la parte más amplia era de 2 millas aproximadamente. Salvo por algunas puntas pedregosas, la playa era de arena blanca y menuda. Tenía enfrente un arrecife que la hacía inaccesible por el este. En la parte occidental de la isla había un fondeadero (Southwest Cove) y se alzaban unas "montañas", (más bien algunos acantilados y colinas no mayores de 120 metros), aunque la topografía era mayormente plana. El perfil de la isla visto desde el mar es como el lomo de una ballena. La isla carecía de arroyos o manantiales, los habitantes se veían forzados a tomar el agua un tanto salobre procedente de ciertas "cazimbas" o pozos, especies de cenotes hundidos entre suelos calizos.

San Andrés estaba bien dotada de árboles frutales y hortalizas, siendo sus pimientos de excelente calidad, que se vendían en el mercado de Cartagena. También ofrecía pequeñas parcelas cultivadas de plátanos, algodón, caña de azúcar, tabaco y añil. Los habitantes criaban algunos animales domésticos, pero también se servían de la caza. La fauna de la isla era escasa, algunas especies introducidas como el cerdo se habían vuelto montaraces. Loras, palomas, sanates, sinsontles y otras aves canoras poblaban sus arbustos. Entre las aves marinas se observaban comúnmente las gaviotas, rabijuncos y rabihorcados (Phaeton y Fregata). felizmente no existían en la isla insectos ni reptiles ponzoñosos.¹²

En las pequeñas ensenadas la pesca era abundante. Se cogían tortugas verdes y de carey dejando las redes en las aguas, de un día al siguiente, aprovechando que los quelonios subían con frecuencia desde sus comederos

¹¹ "'Disertación del viaje hecho de Orden del Rey por el teniente de novio de la Real Armada Dn. José del Río a las Islas Sn. Andrés, Sta. Catalina, Providencia y Mangles en la costa de Mosquitos'. DHN. Siglo XIX_ pg. 44-60.

¹² La fauna de las islas es de origen antillano, pero con algunas especies procedentes de Centroamérica. Entre las 50 especies de aves, unas 15 son endémicas. La paloma de corona blanca y el pijul de picaba, propias de esas islas, también fueron identificadas en Corn Island.

sumergidos a la superficie del mar para respirar y quedaban enredados entre la malla.

Del Río advierte en su escrito sobre la baja estatura de los árboles de la isla, la cual atribuye al carácter arenoso y pedregoso del lugar, que impedía a las raíces penetrar en el subsuelo para absorber las sustancias nutritivas. Interesante como era la observación, es posible que la influencia de los vientos y huracanes haya jugado algún rol en la fisonomía vegetal de San Andrés, especialmente cuando menciona que un ciclón había traído hacía cuatro años a un gusano que afectaba el desarrollo del algodón. La presencia de algunas rocas calcinadas las atribuye al posible origen volcánico de la isla.¹³

San Andrés estaba poblada entonces por 373 personas que vivían sin formar pueblo, dedicadas a sus pequeñas parcelas. La labor más frecuente era el cultivo del algodón, cuya semilla limpiaban con una máquina manual de confección tan sencilla que hasta los esclavos la fabricaban. El comercio con Cartagena era esporádico por la falta de flota regular. Las importaciones consistían en mantequilla, ron y vinos principalmente. Los pobladores eran católicos y protestantes y las relaciones se mantenían por amistad, pues no existía magistrado que las regulara.

A 18 leguas al norte de San Andrés y a 40 al este de la Costa de los Mosquitos estaban las islas de Providencia y Santa Catalina, siendo esta última un pequeño apéndice de la primera, separada de ella por un angosto estrecho ("The Bridge"). Ambas estuvieron comunicadas por un cuello de arena, según parece hasta el siglo XVII cuando los puritanos ingleses abrieron un canal para separarlas como precaución defensiva contra las incursiones españolas.

Providencia es semejante a San Andrés en tamaño, (12 x 3 km), pero de forma almendrada. En su centro hay varias lomas que culminan en un cerro (High Peak) de unos 400 metros de altura, del cual partían cuatro arroyos. Santa Catalina en el extremo norte es un islote redondo de un kilómetro de diámetro; presenta un cono rocoso de 150 metros de elevación. Por su fragosidad fue escogida como escondite por el pirata Morgan —según Del Río— defendida por dos cañones, (emplazados en una punta llamada Morgan's Head), que estaban derrocados al tiempo de la visita del teniente español.

¹³ James J. Parsons en su monografía sobre las islas menciona que San Andrés es una gigantesca me-u de coral blanco, formada en la segunda mitad del Mioceno, ceñida por un arco de arena coralífera depositada en época reciente. Contrariamente, el binomio Santa Catalina—Providencia, donde predominan rocas como el basalto, la andesita y la riolita, es una antigua intrusión volcánica al igual que las islas de Corn Islands.

En el contorno de Providencia existían algunas ensenadas que podían servir de abrigo a embarcaciones de un calado no mayor de 3 a 4 metros, debido a los arrecifes que las acordonaban.

La isla poseía variados pero pocos árboles, entre ellos ceibas, caobas, cedros, acacias y una especie que producía nueces de las que se alimentaron los primeros colonos antes que sembraran las primeras plantaciones. La fauna no difería de la de San Andrés, pero su riqueza se concentraba en las aguas marinas, pobladas por muchos tipos de peces y tiburones. Abundaba la tortuga de carey, cuya concha se comerciaba en Jamaica. "Hay algunas perlas—comenta Del Río— y la que yo he havido es del tamaño de un garbanzo regular, pero su oriente tira a color de rosa".

Al tiempo de la visita del teniente, la población de la isla era apenas de 32 personas, la mayoría esclavos de un español viudo y rico que cultivaba algodón, patatas y granos. El comercio de permuta se ejercía con Jamaica por no existir mercado más cercano.

VISITA A LAS ISLAS DE LOS MANGLES

Las dos Islas de los Mangles (hoy Corn Islands) se encontraban, según Del Río, a 19 leguas (realmente 15) de la Costa de los Mosquitos, estando separadas entre sí por sólo 7 millas. Por su menor tamaño el teniente las ubica "en el rango de los Cayos", si bien la mayor se extendía por algo más de 2 millas (en verdad 5 km).

Del Río reconoció que la calidad del suelo en la isla grande, así como las producciones, eran las mismas que encontró en las islas de mar adentro. Existían algunas lomas cubiertas por matorrales y salvo los cocoteros no tenían "árboles capaces de sacar una tabla de 12 pulgadas de ancho".

Las costas estaban protegidas por arrecifes, pero sin buen abrigo de los vientos, salvo quizás en la ensenada que llamaban del Bergantín (Brig Bay o Playa Coco). En los acantilados se proyectaban piedras volcánicas, donde el visitador creía observar vetas de cobre y hasta quizás de metales preciosos.

La isla no poseía manantiales, pero un agua limpia y de buen gusto se podía extraer de los pozos. La producción en ese entonces era la ganadería y el algodón. Los cerdos cimarrones suplían también de carne la mesa de los isleños, pero eran de difícil caza. El mandamás de la isla era el inglés Guillermo Ottogson quien tenía a su servicio 102 esclavos, 43 dependientes y 30 indígenas.¹⁴

¹⁴ William Pitt Hodgson, hijo del superintendente Roberto Hodgson se habla establecido en Corn Island para cultivar algodón, ganado y negociar el carey. El, su madre y un hermano eran los únicos habitantes blancos de la isla en 1793, asistidos por esclavos negros y algunos indios.

La isla pequeña, (de 3 km de largo), estaba deshabitada de hombres y árboles. Salvo los cocoteros que crecían junto a la playa el resto de la vegetación era zacate. Ocasionalmente arribaban a ella tortugeros de Jamaica para pescar entre los arrecifes de los alrededores. La isla, un poco desabrigada, sufría cada tres años por la presencia de langostas, plaga que arrasaba hasta con la hierba.

No obstante, la recomendación de José del Río, en el sentido de evacuar las cuatro islas y trasladar a sus industriosos habitantes a Bluefields, la orden no se cumplió. En 1795 fue nombrado gobernador de San Andrés Tomás O' Neille, quedando las islas bajo la jurisdicción de la Capitanía General de Guatemala. El gobernador fue después acusado de favorecer el contrabando y de querer anexar la isla a Cartagena, habiendo conseguido lo último mediante una orden real expedida en 1803. En dicha orden se separaba militarmente de la Capitanía General de Guatemala la isla de San Andrés, el Cabo Gracias a Dios, el puerto de Bluefields y boca del río San Juan, agregándolos al Virreinato de Nueva Granada, bajo las órdenes de O'Neille, con el pretexto de una mejor defensa.

Para complicar las cosas un barco inglés, de los varios que O'Neille permitía comerciar con la isla, se apoderó de San Andrés en marzo de 1806, tomando al gobernador y a su escasa guarnición española como "prisioneros", dejándolos sospechosamente abandonados en las playas de Cartagena. Esta ocupación no duró mucho pues la Junta de Guerra de Cartagena recuperó la isla e impuso de nuevo a O'Neille como gobernador.

Una segunda orden real expedida en noviembre de 1806 regresó la Costa de los Mosquitos —del cabo Gracias a Dios al sur— a la jurisdicción de Guatemala, pero la situación de las islas de San Andrés y Providencia, controladas por O'Neille hasta 1810, quedó pendiente y sin resolver al tiempo de la independencia de Nueva Granada y de las Provincias Unidas de América Central. Lo que debería haber sido una comisión de vigilancia militar ejercida por la Junta de Guerra de Cartagena sobre la costa caribe centroamericana, que en ningún caso significaba segregación legal de territorios, fue más tarde invocada por Colombia como un derecho para posesionarse de las islas caribeñas frente a Nicaragua.¹⁵

PRIMERAS IDEAS SOBRE EL CANAL INTEROCEÁNICO

Para finales del siglo XVIII la posibilidad de abrir una ruta interoceánica que comunicara el mar Caribe con el océano Pacífico a través de Nicaragua era una idea seriamente considerada por la corona española.

¹⁵ Los antecedentes y consecuentes de la historia de las islas estén ampliamente descritos por James J. Parsons en su monografía sobre las islas de San Andrés y Providencia.

Reconocida desde los primeros años de la conquista la ventaja que ofrecía Nicaragua —con un lago interior no lejos del Mar del Sur y con salida al Mar del Norte—la Corona estuvo siempre advertida sobre la posibilidad futura de comunicar ambos mares, "para mayor gloria de España" tal como la hizo ver el cronista López de Gómara en 1551 al emperador Carlos V.

Otro cronista, Antonio de Herrera, a principios del siglo XVII, se refería a la presencia de la Laguna de Nicaragua como una de las mejores rutas existentes para abrir un canal entre el golfo de Urabá y la desembocadura del río San Juan. No obstante, los peligrosos "Saltos" que se encontraban en el Desaguadero, Herrera menciona las grandes barcas que subían y bajaban por el río sin mayor tropiezo.¹⁶

Otro cronista del siglo XVII, fray Juan de Torquemada, discutía la idea de comunicar ambos mares utilizando el lago de Nicaragua interpuesto:

'... y así por aquel Desaguadero va a salir a la Mar del Norte; porque la laguna está dos leguas y media del Mar del Sur: por lo cual dijeron algunos, que se podría abrir por tierra, y hacerse estrecho. Un Cosmógrafo, vecino de México, varón de deseos, estuvo determinado de ir a medir, y a pesar el altor de la una mar, y de la otra, y estorbáronselo, diciendo: Que tal obra, a sólo el Rey pertenecía, porque sólo él tiene posibilidad'.¹⁷

En aquel tiempo se creía que el nivel del océano Pacífico era significativamente más alto que el del mar Caribe, debido a que el istmo interpuesto entre el océano y el lago era mayormente tierra baja y llana, mientras que el río San Juan bajaba "a saltos" antes de llegar al mar.

Un vecino de Granada, Diego de Mercado, propuso en 100 la apertura de un canal utilizando el río San Juan y el lago de Nicaragua, el cual a su vez podría abrirse hacia el golfo de Papagayo, (actual bahía de Salinas), utilizando el cauce o barranca del río Hondo.¹⁸

En 1638 el cronista Pedro Mexía. de Obando, apoyando la idea de Mercado, se refería extensamente a la ruta interoceánica por Nicaragua. Con mayor precisión parece sugerir que la salida del lago rumbo al Pacífico, distante cuatro leguas del punto de arranque propuesto, debería practicarse por el río Hondo. El trayecto remontaría una loma "de tierra pelada y sin malezas" por donde pasaba

¹⁶ Antonio de Herrera: Historia General de los Hechos de los Castellanos. Década Cuarta. Libro Tercero. Capítulo 11, reproducido en FPCBA: Nicaragua en los Cronistas de Indias. Serie No 2. p. 59.

¹⁷ Juan de Torquemada: Veinte y Un Libro Rituales y Monarquía Indiana. Libro III. Capítulo XXXIX, reproducido en FPCBA: Nicaragua en los Cronistas de Indias. Serie No. 2. p.106.

¹⁸ Esta propuesta que consistía en evacuar las aguas lacustres por el río Sapó, buscando la balda de Salinas, fue revivida a mediados del siglo pasado por el naturalista danés Andreas Oersted.

el camino de Costa Rica a Nicaragua y que parecía estar sobre la divisoria continental.

Obviamente Mexía de Obando se refería al presente río Sapoá, (que es navegable en canoas hasta el pie de la meseta de La Cruz), y proponía alcanzar el Pacífico por la bahía de Salinas, donde la amplitud de la marea no es tan notable como en las playas abiertas. Sugería que la entrada por la Mar del Sur podría cerrarse "con una cadena atravesada" y ser defendida por dos guarniciones. El volumen de agua que circularía de ese Mar—supuestamente más alto— hacia el otro, sería suficiente para limpiar la resaca en la desembocadura del río San Juan, facilitando así la entrada y salida de barcos de más de 150 toneladas. La ventaja de la ruta por Nicaragua —según el cronista— estaba en el corte a través de la meseta, que no encontraría sitios montuosos ni peñascosos, y que la provincia era muy fértil y poblada por indios fáciles de reducir.

Ente los otros beneficios de la empresa Mexía de Obando menciona los siguientes: los navíos cargados de plata procedentes del Perú podrían anclar frente al puerto de Granada, (entonces un emporio regional mercantil, según observara el fraile apóstata Thomas Gage); el clima de Granada era más saludable y menos mortífero que el de Panamá y Portobelo, estando la ciudad mejor proveída que Cartago; los galeones españoles podían cargar la plata en Granada o en el río San Juan, ahorrándose así el flete a lomo de mulas por el istmo de Panamá; mucha gente vendría a establecerse en Granada y Cartago abriendo nuevas labranzas para cacao y trigo; quedarían reducidos y cristianizados un millón de indios idólatras en las regiones salvajes de Nicaragua, Costa Rica y Veragua, donde abundan el oro y la plata; y por último, la Audiencia de Panamá no tendría razón de seguir en aquel territorio, ahorrándose los gastos. "Junto con esto, concluye el argumento del cronista Mexía, una de las maravillas del mundo, cuando no fuera la primera, conseguiría vuestra Real persona la gloria y alabanza de ella y eternizar su Real nombre en todas las naciones".¹⁹

Una de las incógnitas del proyecto seguía siendo la relación entre los niveles de ambos mares y el correspondiente al lago de Nicaragua. Mercado creía que la superficie del Mar del Sur estaba cinco o seis codos más alto que la del lago, de modo que al zanjar el canal las aguas de aquél pasarían al lago y luego continuarían por el río San Juan rumbo al Mar del Norte.

La idea del canal debió haber parecido imposible después que los terremotos de 1648, 1651 y 1663 resaltaron los raudales del río San Juan, a tal extremo que un barco procedente de La Habana que estaba surto frente a Granada tuvo que ser subastado al no poder efectuar el regreso por el antiguo curso del

¹⁹ Pedro Mexía de Obando Memorial Practico de las Indias. Título XXVIII. Reproducido en Nicaragua en los Cronistas de Las Indias. Serie No. 2. p. 205-207. FPCBA. Managua, 1975.

río. La presencia de los piratas y los asaltos a la ciudad de Granada a continuación, terminaron de apagar los entusiasmos por la ruta, como un proyecto de navegación interoceánica, en los siguientes cien años.

En 1781 el gobierno español destacó al ingeniero Manuel Galisteo para hacer la medición del desnivel entre el Pacífico y el lago de Nicaragua. Galisteo encontró una diferencia de 135 pies (en realidad son 101), entre ambos espejos, estando el lago de Nicaragua obviamente más arriba que el nivel del océano. Como en ese tiempo no se conocía la profundidad del lago, (unos 200 pies en la parte más honda), ni el funcionamiento de las esclusas, el agrimensor español arribó a la conclusión que el corte del istmo era improcedente porque desaguaría sin lugar a dudas el gran lago hacia el Pacífico ²⁰

Para vencer esa dificultad Juan Bautista Muñoz propuso, cinco años después de practicada la medición por Galisteo, abrir un canal con hondura suficiente para contrarrestar la supuesta diferencia de niveles, posibilidad que aun en la época actual se consideraría como una tarea titánica sino como idea descabellada.

No obstante, las dificultades, Muñoz reconoció las implicaciones políticas de un proyecto de tal envergadura:

"Si se abriese una canal por donde se comunicasen las aguas saladas de ambos mares, tan capaz i hondable que franquease el paso a buques de mucho porte; en tal caso podría justamente temerse la conjuración de varias potencias Europeas para enseñorearse de él. Podrían concebirse divididas las dos Américas por un estrecho. Mas ni esto deviera retraer de una empresa la mayor del mundo. Debiera si estimularnos fortalecer competentemente entrambas bocas, a mantener las fuerzas de mar i tierra que fueran necesarias para precaver o resistir las invasiones enemigas".²¹

En 1804 el sabio naturalista Alexander Humboldt, (quien en el año anterior había navegado frente a las costas de Nicaragua), discutía las varias alternativas para abrir un canal entre Tehuantepec y el Atrato. Consideraba que la ruta por Nicaragua era la más factible y practicable entre las otras posibles. Diez años después las cortes españolas votaban a favor del estudio y la construcción del canal por Nicaragua, pero los acontecimientos políticos subsiguientes impidieron la realización del proyecto.

En los años que siguieron a la independencia, el Gobierno Federal mantuvo vivo interés por la cuestión del canal, mientras la idea ganaba aceptación en Estados Unidos y Europa. La misma Inglaterra, interesada en la ruta del istmo, estableció un servicio regular de correos hacia San Juan del Norte en 1833. Una

²⁰ Ver la obra de José Dolores Gámez: Historia de Nicaragua. p. 275. Managua. 1889.

²¹ Carta de Juan Bautista Muñoz sobre la factibilidad de construir un canal interoceánico". Madrid, 19 de enero de 1787. Manuscrito No. 2247. Papeles varios, folio 148. Biblioteca de Palacio.

investigación informal conducida por la Royal Navy recomendó ubicar dos vapores, arriba y abajo del raudal de El Castillo, para remolcar lanchones.²²

En 1836 el presidente de la Federación, Francisco Morazán, encomendó al ingeniero inglés John Baily, para que realizara el primer estudio científico sobre la factibilidad del canal. Baily partió de Granada acompañado por el poeta guatemalteco Pepe Batres como delegado de la Federación. Llegados a San Juan del Norte encontraron la población diezmada por la fiebre amarilla. Parte del equipo de medición sucumbió ante la enfermedad, incluyendo al vate, y la medida tuvo que ser suspendida.

Desgraciadamente la situación política en la América Central se revolvía entre disidencias de todo orden que contribuyeron a desalentar la continuación de la empresa canalera. El proyecto tuvo que sufrir las consecuencias de la frustración producida por los políticos de turno. Nicaragua rompió con el pacto federal en 1838, declarándose estado independiente, sin que por ello cambiara aquel período de inestabilidad social y económica. Así lo percibió el viajero inglés Robert Glasgow Dunlop:

'Nicaragua era anteriormente el más rico Estado en producción, después de San Sal. vador, pero es ahora el más quebrado y empobrecido de todos, debido a las incesantes revoluciones, que han desmoralizado a la población completamente, y hecho la vida y la prosperidad más insegura que en cualquiera de los otros Estados'.²³ ■

²² Phillips Caleb: On the communication between the Atlantic and Pacific Oceans, by way of the Lake of Nicaragua". The Journal of the Royal Geographical Society of London, II (1833). pg 275-279.

²³ Robert G. Dunlop: Travels in Central America, being a Journal of (Nearly Three Years' Residence in the Country'. London, 1847. p 312.